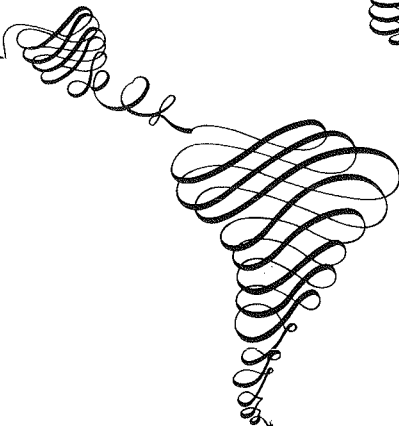




Ideología y gestión

DE todos es sabido que los dos vectores principales que llevan y mantienen en el poder a un partido son el atractivo de su ideología y su capacidad de gestión. En 1982 el PSOE representaba una ruptura ideológica que, a través de su eslogan **por el cambio**, sintonizó con la mayor parte del electorado. Su capacidad de gestión estaba por demostrar, pero su propia inexperiencia en tareas de gobierno constituía, ante un país harto de las disensiones de la última UCD, una carta mejor que la existente.

Postulaba entonces el PSOE una política exterior de **no alineamiento** y una política interior cuyas líneas de fuerza debían ser la **regeneración ética** de la administración, la instalación de una **sociedad más permisiva** en cuestiones como el divorcio y el aborto, la **primacía de la Escuela Pública** y la creación de una **sociedad igualitaria**. Esta se conseguiría fundamentalmente por la **extensión del empleo** y, sin abandonar lo que entonces constitucionalmente se llamaba **economía social de mercado**, por una fuerte **acción compensatoria del sector público**, que vendría a ser la garantía motor de la economía.

Todas estas propuestas eran fiel reflejo de lo que había venido siendo la tradicional ideología de izquierdas en los países occidentales. A pesar del emparentamiento de los líderes socialistas españoles con la socialdemocracia alemana y de que la SPD proporcionaba al PSOE importantes apoyos

económicos, los socialistas españoles de entonces repudiaban definirse como socialdemócratas, ya que la socialdemocracia representa un **modus vivendi** con el capitalismo cuya **destrucción democrática** seguía siendo la meta final de la acción socialista (en el XXVII Congreso se definía al capitalismo como «sistema explotador por su propia naturaleza»). Alejados de la responsabilidad de gobernar, la ideología se había enquistado en su propio discurso teórico, sin que afloraran las contradicciones que el ejercicio del poder ha puesto meridianamente de manifiesto.

EL viaje a China de **Felipe González** significó el reconocimiento público de que la ideología resultaba secundaria y que debía estar subordinada a la eficacia de gestión. El aforismo chino «Gato negro, gato pardo ¿qué más da si caza ratones?» representó una especie de camino de Damasco, una iluminación súbita, que por venir de las rojas estrellas de Oriente, no resultaba sospechosa. Fuera aquel viaje una conversión real o la ocasión propicia de manifestar una conversión precedente, lo cierto es que, a partir de entonces, ya no queda duda de que la ideología socialista ha dejado de constituir un factor decisivo en todas las parcelas de actuación gubernamental. En la actualidad, el PSOE no podría ser clasificado entre los partidos de izquierda, si es que las denominaciones izquierda y derecha siguen teniendo algún sentido. En rigor, de sus siglas deberían desaparecer tanto la S de socialista como la O de obrero. Es un partido interclasista que considera anacrónica la lucha de clases y se distancia sin piedad de los sindicatos.

Durante algunos años, el presidente y los ministros mantuvieron retóricamente sus máximas ideológicas, aunque entraran en abierta contradicción con su acción práctica.

Eran los tiempos en que Felipe González se lamentaba diciendo: «me gustaría hacer otra política, pero el interés de España exige...» y tranquilizaba a los impacientes con frases como ésta: «la construcción del socialismo no puede realizarse en el horizonte de una legislatura». Poco a poco, hasta la misma retórica de socialismo escatológico se fue desvaneciendo, sustituida por la escueta primacía de la

*eficacia inmediata. La prosperidad generalizada de los años 84-89, con un crecimiento sostenido de aproximadamente el 4 por 100 acumulativo anual, hizo que los adeptos perdonaran al Gobierno sus claudicaciones ideológicas y que la **intelligentzia** del partido acallara fácilmente a las bases, que reconocían la eficacia del Gobierno en la acumulación de riqueza al mismo tiempo que repudiaba abiertamente la primacía otorgada a las inflexibles leyes del mercado. Felipe comenzaba a cimentar su estatura en la clave de rectificación desideologizadora a que habían llegado, tras espectaculares descalabros, sus correligionarios en Francia. Muchos analistas pensaron entonces que nuestro presidente mostraba indicios de una sabiduría política nada común, al preservar así a su partido del desgaste que el énfasis en la ideología había supuesto a **Mitterrand**.*

POCOS se atrevían a recordar al Gobierno sus promesas del 82, antes enumeradas en lo esencial. Se le perdonaron, además, en aras de la racionalidad económica, la desindustrialización brutal del sector naval y siderúrgico, la venta en saldos de empresas públicas, una política de rentas netamente liberal, el vertiginoso encarecimiento de las viviendas, las prebendas concedidas a la inversión meramente especulativa y hasta el insultante incremento de la corrupción. Todas las transgresiones ideológicas palidecían ante los éxitos innegables de su gestión, fueran éstos atribuibles a las decisiones gubernamentales o a mecanismos externos que escapaban al control de las autoridades españolas. El felipismo se había apoderado del socialismo y los imperativos de gestión habían aventado los restos de los ideales del partido de Pablo Iglesias.

Pero llegaron las vacas flacas y, súbitamente, España descubre que, en los siete años de vacas gordas, careció de un José capaz de llenar los graneros para los años flacos. Y ahora los ciudadanos, al despertar del espejismo, se dan cuenta de que el dinero especulativo huye tan fácilmente como vino, de que los altos intereses no bastan para que las pesetas dejen de convertirse en marcos, de que las cuantiosas reservas

de divisas se dilapiden vertiginosamente ante la falta de un tejido productivo que sostenga nuestra moneda. Abrumados por la tormenta, los nacionalistas que apoyaron parlamentariamente al PSOE se alejan de la quema, dejando a Felipe en una terrible soledad, y una gran parte de los ciudadanos acusan al Gobierno de haber perdido precisamente lo que más invulnerable lo hacía: su eficacia.

DESALADO de ideales capaces de ilusionar a la sociedad y depauperado en su capacidad de gestión, el PSOE deambula por los vericuetos de la burocracia europea, buscando en el éxito comunitario un balón de oxígeno que le libre de la asfixia interior. Pero las mismas medidas de convergencia que arbitra pueden producir efectos contrarios a los que pretende: los drásticos recortes del gasto público en los presupuestos del 93 provocan situaciones tan peregrinas como el parón de las industrias suministradoras de las fuerzas armadas o el que no dispongamos de la infraestructura terrestre mínima para utilizar el canal gubernamental del HISPASAT; el ahorro conseguido mediante la reforma del INEM se verá negativa y ampliamente contrarrestado por el incremento de 500.000 parados más, que engrosan la ya insostenible lista de perceptores; la devaluación de la peseta, impuesta por el Bundesbank, mitigará la penuria de unos cuantos exportadores, pero incrementará la inflación, alejándonos peligrosamente del umbral de convergencia exigido en Maastricht, etc.

En resumen, el agotamiento ideológico y la ineficacia en la gestión colocan al PSOE contra las cuerdas por primera vez desde 1982. Sólo la poca claridad de una alternativa podrá mantenerlo en el poder.